

En los descensos se hacia y se hace marchar el tren sin locomotora, por efecto de su propia gravedad, retenido y moderado por los frenos: en las subidas se ponen dos locomotoras, que se oyen como jadear y sofocarse, agotando su titánico impulso.

Si hubiera luz, me decia M. Gland, distinguiria vd. desde las alturas que vamos cruzando, allá muy abajo, llanuras cubiertas de nieve, y en el confin del horizonte, como serranías de cristales apagados, formando pliegues sus ondulaciones, alzándose como en olas petrificadas sus colinas superpuestas: es un mar sorprendido y encadenado en medio de su hervor, por las nieves eternas.

En algunas eminencias suelen verse en alto los brazos de los árboles, como luchando por salvarse de un estupendo naufragio . . . y grupos de pinos, como señores consternados que lamentaran con espanto aquel aniquilamiento silencioso y terrible.

Uno de nuestros compañeros sacó el reloj. . . . eran las once de la noche. A dormir. . . .

El interior del *Sleeping car* era un triste dormitorio con sus lámparas de trecho en trecho.

Mis compañeros, muy habituados á los viajes, tuvieron pronta colocacion.

M. Gland, habia conversado y obsequiado á un sirviente que le tenia preparado su cómodo lecho.

Yo quedé solitario, sin colocacion alguna, aunque cierto de que me esperaba allí una cama con los brazos abiertos.

El sueño me vencia; pero los departamentos estaban cubiertos totalmente, y son tan iguales, tan difíciles de distin-

guir, que me temia uno de esos encuentros, que no me fuera en manera alguna agradable.

Al fin, logré instalarme; pero tan mal y con tales inconvenientes, que con notoria injusticia, porque en ninguna parte del mundo se camina con mayores comodidades que en los Estados-Unidos, forjé ántes de que alumbrase la luz, el siguiente calumnioso romance:

MALA NOCHE.

Ven pronto, luz de los cielos,
 Para mirar por mis ojos
 Que soy el mismo sugeto
 Con mi piel y con mi rostro;
 No me hagan creer mis sentidos
 Que estoy habitando en otro,
 Ligero para tortuga,
 Muy obeso para mono.
 Y lo digo porque siento
 Que me mori como un pollo
 En las contiendas de anoche,
 En este *Eslip* del demonio:
Eslip, sangrienta asechanza,
Eslip, sobrenombre irónico,
 Cual si dormir se pudiese
 En medio de un terremoto,
 O al que se mece colgado
 En las dos astas de un toro;
 O al que va haciendo columpio
 En la barquilla de un globo.
 Era un carro intercadente;
 Era el retozar de un cojo;

Era un brusco zarandeo,
 Como de Pane el birlocho;
 Era un carro como estuche,
 Do íbamos unos tras otros,
 Como en cuello de botella
 Tapones de hinchado corcho.
 Tan tartamudo de ruedas,
 Y de unos muelles tan flojos,
 Como tras el *si* adorado
 Se queda voluble novio.
 Era por fuera una artesa
 Con sus puertas y cerrojos,
 Y por dentro gallinero,
 Jaula, cómoda, sarcófago,
 Todo, ménos una estancia
 De gente de tomo y lomo.
 Llega la noche, se torna
 La prision en dormitorio,
 Y es un salon *de profundis*
 El *Pullman Palace* lóbrego:
 (Yo digo en el que me encuentro,
 Dicen que hay mejores otros).
 Hambriento porque no quise
 Desafiar al fiero noto
 Que les dió tal safacoca
 A mis compañeros mozos,
 Que yacen enteleridos
 Y duermen desde las ocho.
 Resuelto por fin me empaco
 Al uso, debajo de otro,
 Que si no ronca, rechina,
 Y puede, al descender tosco,
 Aplastarme las narices
 Si salen con bien mis ojos.

Me empaco en cinco dobleces,
 Que aunque tengo el cuello corto,
 Cuando pienso levantarme,
 De cada sosquin me doblo:
 Antes de entregarse al sueño
 Quiere mi cuerpo reposo;
 Mas quietud en este carro
 Es pedir peras al olmo.
 Prescindo de sus vaivenes
 Y del tufo del petróleo,
 Y del viento que se cuele
 Hasta taladrar los poros,
 Y del ruido que en cien millas
 De correr, me tiene sordo;
 Pero los rieles son cuerdas
 Y el wagon holgado choclo,
 Que gobierna el maquinista
 Con tan temerario arrojo,
 Que cada vaiven nos pone
 Entre este mundo y el otro.
 En vano viajes emprendo
 Allende del dormitorio:
 Al regresar entumido
 Y dando un diente contra otro,
 Los nichos de los durmientes
 Por lo iguales equivoco.
 Uno me despide airado,
 El otro me gruñe fosco:
 Y al cielo rindo mil gracias
 De no encontrar un celoso,
 Que me rompa tres costillas
 Porque con su esposa topo,
 Diciéndole: "compañero,
 ¿Tiene usted á mano fósforos?"

Así, subiendo y bajando,
Sin poder cerrar los ojos,
Me halló la luz de la aurora
Dando vueltas como un loco.

FIDEL.

Marzo 5 de 1877.

No obstante la extension de la nieve, el día amaneció hermoso y el sol apareció espléndido, convirtiendo aquellas atrevidas alturas, aquellos despeñaderos, aquellas ramas de los árboles, en paisajes de cristales, en quiebras de luz, en reverberaciones de iris y en todo lo que puede soñar de más fantástico la imaginacion.

Al Sur se extendian las llanuras y se agrupaban las montañas, como de cristal.

El carro verificó su trasformacion, y quedó convertido en la sala elegante que ya conocemos.

El previsivo M. Gland me invitó al *carro de fumar*, á que echásemos un trago por vía de abrigo contra la intemperie.

A cada cuarto de hora, á cada media hora, nos sorprendia una casita medio hundida en la nieve, ó grupos de chozas en que parecia imposible la vida, y allá volaba desde la plataforma del tren, una balija con correspondencia, y veiamos descolgarse el alambre telegráfico, vínculo poderoso de los hombres en la sublime comunicacion de sus espíritus

Yo no perdía ocasion de manifestar á M. Gland mi asombro por el ferrocarril del Pacífico.

—Oh! me decia M. Gland, le han contado á vd. una puntita solamente: estos indios que vd. vió ayer, mansos, degradados como un toro que monta un muchacho, fueron tremendos enemigos del camino.

Ya amontonaban piedras enormes para descarrilar el *wagon*, precipitándose ellos en la avalanche de peñascos; ya sorprendian á los viajeros y entablaban sangrientas campañas, saltando como furias por esas quiebras; ya un indio en un descenso se abalanzaba al tren, rompía sus frenos y en espantoso remolino, locomotora, tren y pasajeros se hundian en los abismos; ya se proveian mañosos de pólvora, petróleo y brea con que untaban los árboles, y al pasar el tren por un peligroso desfiladero, el relámpago, la explosion, el incendio, detenian al reptil gigante.

La vez que sucedió eso se destacaba la locomotora en un mar de llamas, aullando como un monstruo en agonía; vaciló... pero el *goched* yankee le dió tremendo empuje, voló sobre el abismo de fuego con impetuosidad, los muros de llama se barrieron y cruzó el vapor... que habia separado con su empuje el peligro y dejaba tras de sí la estupefaccion y el escarmiento.

Yo escuchaba todo esto como una leyenda, muy superior á las de las "Mil y una noches." Me parecia aquel un país encantado, temia que á la hora ménos pensada se abriese la tierra, se desgajaran rocas y montañas, se partiesen los árboles, se hundiesen los muros y corriesen los hielos, dejando al descubierto una ciudad con sus catedrales, sus torres, sus palacios, sus rios, y saliendo de los troncos de los árboles y las abiertas rocas, damas y caballeros vestidos con primor, saludando la locomotora, que ya era un carro de oro cuya chimenea, trasformada en sitial de diamantes, sustentaba como respaldo á una divinidad que derramaba por donde quiera la vida y la felicidad de los mortales.

—No crea vd., me decia M. Gland, á quien algo partici-

paba de mis sueños, los indios tienen también sus leyendas poéticas que vd. no desdenaría si yo se las pudiese contar.

—Haga vd. un esfuerzo.

—En las luchas que han sostenido los indios en los fuertes, en las paces ajustadas y destruidas, no faltaron sus entrevistas poéticas.

Una joven, hija de un jefe de tribu, garrida, airosa, soberbia, amazona de los desiertos, en sus encuentros con las caras pálidas, se enamoró de uno de ellos, oficial americano. En uno de los combates murió el oficial y fué sepultado en el lugar destinado á los blancos.

Desde entónces, en las noches de luna se veía descender de las montañas, aéreo y flotando las profusas crines, un caballo blanco, montado por una verdadera deidad.

El caballo se detenía cerca de las tumbas, y la joven que lo montaba descendía y entonaba sobre la tumba del oficial muerto, cantos tan doloridos, que parecía que hacían gemir el viento y que se derretían de dolor los hielos.

Después de algún tiempo, conducía casi un esqueleto el caballo de nieve.

La joven, próxima á su muerte, llamó á su padre, le hizo confidente de su amor; pero le dijo que no guerrease con las caras pálidas, que eran las almas de sus antepasados que venían del Oeste; por último, rogó al jefe le diese sepultura en el panteón de los blancos, junto al amado de su corazón.

El jefe de la tribu cumplió las disposiciones de su hija, se hicieron solemnes honras á la hermosa india; el comandante de las fuerzas americanas se quitó sus guantes y los puso sobre la niña, para que en su travesía por los *desiertos sin*

termino, no la hiriese el frío. Así se selló la paz con la tribu india.

—Es sencilla, pero hermosa esa leyenda, Mr. Gland: ¿no sabe vd. otra?

—La va vd. á oír, me dijo.

Como he dicho á vd., continuó, los indios creen que después de su muerte sus almas se dirigen al Oeste, sin duda conservando la tradición de las primeras emigraciones de sus antepasados.

Tras esas montañas del Oeste está para ellos el país de la bienaventuranza.

Un joven cazador perdió á su amada, y su casa se destruyó, sus bienes se aniquilaron, y su consuelo único era dirigir sus pasos por el principio de la vía que conduce al otro lado de las montañas, ó sea al país de las almas.

Descuidando sus correrías, triste, consumiéndose, decidióse á marchar al lugar donde se encontraba el encanto de su corazón.

Absorbido hondamente en esta idea, un día se sintió como transportado á un reducido lugar que estaba en la quiebra de la Sierra: allí vió unos picos de rocas que como que se alargaban hasta tomar la figura de cuellos de serpiente, enlazándose para cerrarle el paso. El cazador avanzó resueltamente, y entónces cada serpiente vomitó chorros de agua, que formaba remolinos tremendos, que lo arrebatában, subiéndole al espacio; allí veía como trasparente su vestidura mortal; por su espalda y en sus entrañas se jugaban los rayos del iris como entre cristales.

Abrió sus brazos como las alas de un pájaro y se lanzó al espacio; pero cayó blandamente á la orilla de un lago, don-

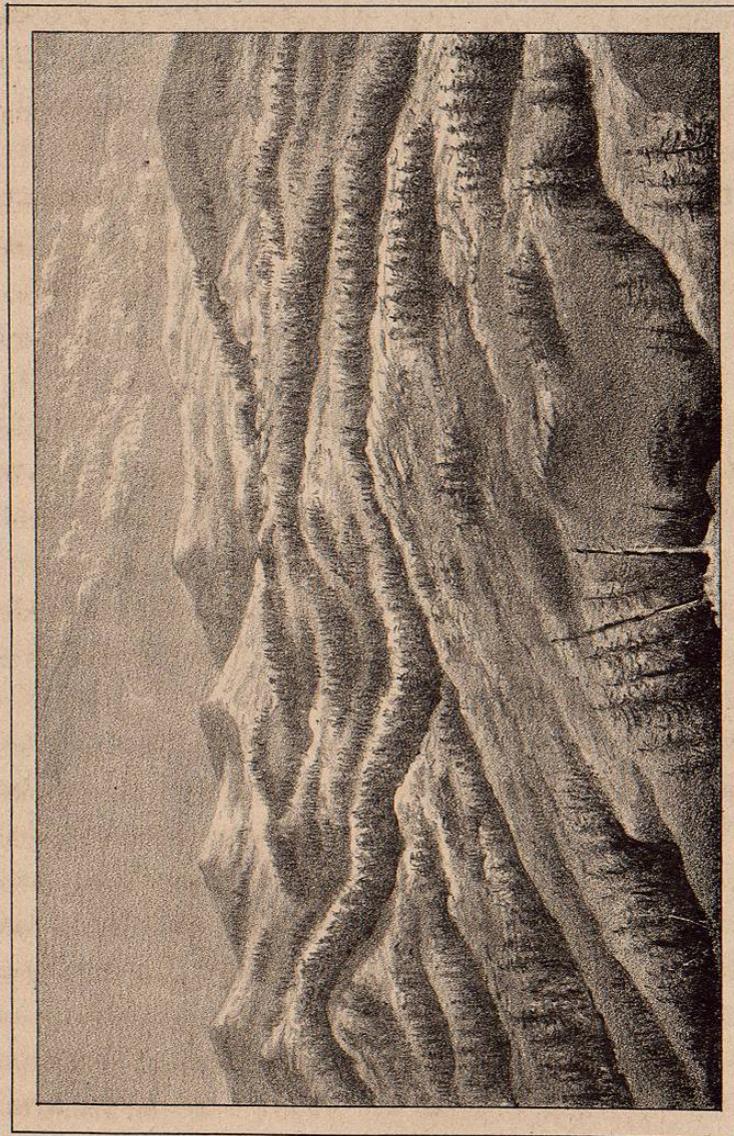
de un anciano pálido de blanca barba, le metió en una barca; la barca avanzaba, y tras ella se evaporaban las aguas, quedando un vacío inmenso: llegaron al pié de una Sierra semejante á la Sierra natal. Abandonaron la barca, y vió que montes, árboles y rocas, flotaban en el espacio, y él atravesaba todos esos objetos como si fueran figuras formadas por las nieblas.

De cuando en cuando se oía un eco poderoso, tremendo como el trueno; pero que al repercutirse moría en deliciosas melodías: entónces, al estampido, se desprendían de las ramas de los árboles y de las crestas de las rocas, trozos como de cristal, verdaderos prismas que al cruzar los aires, producían los colores y volaba la verdura á los prados, el iris á las nubes, los celajes imitaban el topacio y se suspendía la púrpura, como un dosel, sobre una encantadora pradera circuida por una faja de estrellas.

Allí distinguió á las almas con figuras que él comprendía que palpaba, pero de que no pudo jamás dar cuenta en el lenguaje del mortal.

De entre un grupo de esos espíritus, bella sobre toda belleza concebible, y hechizadora del espíritu sobre todo encanto, oyó el mismo requiebro de ternura y la misma voz amada, porque para el hombre ni en el país de las almas hay otra de más dulzura y melodía, esa voz le dijo: "Vuelve á tu país natal, y deja que el dolor y las lágrimas rompan y destrocen tu vestido humano: entónces vendrás á mí y viviremos en la eterna dicha. . . ." La alma del cazador estaba ébria de felicidad. . . . tendió su mano. . . . creyó que asía su manto luminoso. . . . y volvió en sí. . . . junto á su cabaña medio destruida. . . . un viejo, con remota semejanza, estaba á

VIAJE DE FIDEL.

Vista de las Sierras en el
Ferrocarril central del Pacifico.